

El paisaje del frío en los cuentos “To Build a Fire” y “Storyteller”

Silvina Paola Azcoiti

Instituto Superior del Profesorado N° 2 – “Joaquín V. González” – Rafaela

RESUMEN

La inescapable presencia del entorno natural en “To Build a Fire” de Jack London y “Storyteller” de Leslie Marmon Silko reclama el análisis de estos textos como explícitamente ambientales, con claras referencias a la interrelación ser humano – naturaleza. Estos cuentos presentan al medio ambiente como auspicioso para aquellos que lo conocen, aprecian y entienden que la supervivencia depende de la armonía y cooperación de todas las partes que conforman el todo que es el paisaje.

ABSTRACT

The inescapable presence of nature in “To Build a Fire” by Jack London and “Storyteller” by Leslie Marmon Silko calls for a reading of these texts as explicitly environmental, with clear references to the interconnectedness between human beings and their natural surroundings. These short stories present nature as supportive of those who know it, appreciate it and understand that survival depends on the harmony and cooperation of each and every component of the landscape.

Palabras Clave: Ecocrítica- paisaje- interconexión

El encantador paisaje que vi esta mañana está indudablemente compuesto por alrededor de veinte o treinta granjas. Miller es el dueño de este campo, a Locke le pertenece aquél, y a Manning, el de más allá. Pero ninguno de ellos es dueño del paisaje.

(Naturaleza, Emerson)

Autores lejanos en tiempo y en visiones del mundo como Jack London (1876-1916) y Leslie Marmon Silko (1948-) coinciden en elegir como escenario de sus cuentos “To Build a Fire” (1908) y “Storyteller” (1975) el paisaje del frío, es decir la nieve eterna, el hielo omnipresente y la gelidez extrema. Ese entorno reclama el análisis de estos textos como explícitamente ambientalistas, debido al ostensible interés en la observación y respeto de la naturaleza y en la interrelación entre la cultura humana y el mundo físico que en ambos se manifiesta. Siguiendo las ideas de Leslie Marmon Silko (1996), la definición de paisaje adoptada es lo suficientemente abarcadora como para incluir no solo a la tierra y el cielo y lo que ambos contienen, sino también a los seres humanos y la relación que éstos establecen con su entorno (p. 267). Para este trabajo se torna pertinente también la definición de paisaje que ensaya Neil Evernden quien, además de incluir “una colección de formas físicas”, agrega “la evidencia de lo que ha ocurrido allí” (McDowell, p. 377).

En el cuento de London, a pesar del frío intenso y de las advertencias de un lugareño, un viajero solitario decide emprender un largo camino hasta el campamento donde se encuentran sus compañeros de trabajo. Un perro lo acompaña en su trayecto. La gran confianza en sí mismo, el menosprecio hacia los nativos y sus saberes y un aparente éxito inicial lo llevan a cometer una serie de errores que finalmente determinan su muerte. Este hecho contrasta con la suerte que

corre el animal que, sabiamente, decide buscar abrigo y comida segura luego del infortunio de su amo.

El viajero –cuyo nombre se desconoce- sabe de la ausencia del sol, del camino a seguir y de su dificultad, de la cantidad de hielo y nieve, del frío tremendo. Sin embargo, su conocimiento de meros datos no le causa impresión alguna y ello se debe a que es un hombre “sin imaginación ... rápido y alerta en las cosas de la vida, pero solamente en las cosas, y no en los significados” (London, p. 498). Dicha limitación le impide comprender que está conectado con el ambiente, afectado y afectando el paisaje. No puede “meditar acerca de su fragilidad...acerca de la fragilidad del hombre en general ...ni sobre el lugar del ser humano en el universo” (p. 498). Cuando observa su entorno “norte y sur, tan lejos como su ojo puede ver” (p. 497) solamente distingue el “blanco interminable” (p. 497) y se ubica afuera de él, separado de él, incapaz de entenderse como parte de él. Ignora que “los observadores son tan parte del paisaje como las rocas sobre las cuales están parados” (Silko, 1996, p. 266).

Este hombre, un completo novato en el lugar, tiene un único objetivo: llegar al campamento donde lo esperan sus compañeros con fuego y comida caliente. Están allí cortando leña y analizando cómo transportarla en la primavera. La determinación del hombre contrasta con la depresión por el tremendo frío del perro que lo acompaña. El siberiano, nativo, conocedor del área pero no de termómetros ni de grados, sabe que no es momento para viajar, “su instinto le narraba un cuento más verosímil que el que su sensatez le contaba al hombre” (London, p. 498) e incluso, saltando y dejando caer su cola, trata de desalentar a su amo que, sin embargo, no se detiene: “El perro sabía, todos sus ancestros lo sabían y él había heredado ese conocimiento” (p. 501).

No existía una gran amistad entre el animal y el hombre: el perro era un esclavo, acariciado solamente por el látigo y por las palabras amenazantes de castigos. “Por lo tanto, el perro no se esforzó en comunicar su aprensión al hombre. No estaba preocupado por el bienestar del hombre; anhelaba el calor del fuego por y para sí mismo” (p. 501). Más aún, cuando en un desesperado intento por salvar su vida, el hombre trata de acercarse al animal, éste, acostumbrado al destrato, desconfía y se aleja prontamente. El viajero siente envidia por el animal –seguro y abrigado por su pelaje natural. No lo considera su igual, no entiende que cada componente del sistema es fundamental para conservar el equilibrio del ambiente ni que existe una relación de dependencia mutua entre todas las partes integrantes del paisaje. Se podría afirmar que esta arrogancia y extrema autosuficiencia determinan su suerte.

El perro es parte del paisaje, está integrado en un marco cósmico y es tan sabio como el indígena porque no existe una escisión entre ellos y los otros componentes del mundo natural. Es interesante destacar que en un pasaje del cuento el protagonista se refiere al nativo que lo ha prevenido sobre la irracionalidad de emprender un viaje como el descrito, bajo esas condiciones climáticas y sin otra compañía que la del perro, y afirma que dicha conducta temerosa por parte del viejo se asemeja al comportamiento típico de una mujer. Parece que solamente una mujer tomaría seriamente las advertencias del entorno. El respeto a la naturaleza no es sinónimo de hombría. Por el contrario, conquistarla y dominarla gratifica la pretendida masculinidad. Incluso, a punto de morir, el viajero piensa que, una vez de regreso en los Estados Unidos, “les podría contar a los muchachos lo que realmente es el frío extremo” (p. 507) y de esa forma, reforzar la importancia de su logro imaginario, su carácter aventurero y su virilidad.

El viajero había sido aconsejado, veía la reacción del animal, notaba él mismo la magnitud del frío y las señales del paisaje. Sin embargo, no logra comprenderlo ni situarse en él; además de poseer “un escaso estado de conciencia” (McQuade, 1987, p. 1064), de parecer incapaz de razonar de manera abstracta, manifiesta un total desapego por el ambiente; lo considera un enemigo y lo constituye en su antagonista. Desconoce la necesidad de coexistir en armonía y de cooperar con la naturaleza. Al ignorar las advertencias, genera un desequilibrio con su entorno que le impide sobrevivir. Como explica Silko (1996), “la supervivencia en cualquier paisaje depende básicamente de hacer el mejor uso posible de los recursos disponibles” (p. 271). Sería posible argumentar que alguien excesivamente individualista es incapaz de sobrevivir, que para vivir en equilibrio con el entorno se necesitan personas en cooperación y solidaridad con otras, conscientes de la pequeñez del ser humano en la inconmensurabilidad de la naturaleza.

Igualmente importante para sobrevivir es el respeto hacia el paisaje. Dicho respeto implica cautela, atención e incluso apego por el mundo natural. Creerse superior u omnipotente no es solamente una manifestación de insensatez e ignorancia sino también de desprecio por la unión y la equidad de todos los componentes del paisaje.

Silko propone una heroína díscola y poco convencional para las normas o patrones occidentales. La muchacha –cuyo nombre también se desconoce- tiene como objetivo vengar la muerte de sus padres. La razón de dichos asesinatos puede relacionarse con el engaño y la codicia de los hombres blancos que, al estar sumidos en una economía extractivista y abusar de los recursos naturales, dificultan la supervivencia de los nativos, “ese año los barcos Gussuck habían venido, disparando grandes armas de fuego contra las morsas y las focas. No había quedado nada para cazar después de eso” (p. 2729-2730). La joven utiliza su conocimiento de la naturaleza para causar la muerte de quien representa el enemigo, el causante del agravio sufrido. Es así que conduce al empleado de un bar a una zona de hielos quebradizos que ceden y provocan su muerte accidental u homicidio.

En el cuento de Silko, la joven es parte del paisaje y manifiesta no solamente conocerlo sino entenderlo. Debido a que convive con el viejo narrador de la tradición de su pueblo, aprende paulatinamente a leer los signos de su entorno. Este aprendizaje no ha sido sencillo. Su comportamiento ha mostrado siempre un interés en desafiar los límites, es decir, es similar al de cualquier adolescente. Es así que, por ejemplo, en contra de la voluntad de su abuela, decide ir a la escuela o que, a pesar de los reclamos del viejo, tiene encuentros sexuales con los empleados de la empresa petrolera. Paulatinamente acepta que lo que sus mayores le dicen no es una mentira y empieza a escucharlos.

Sabe que los hombres blancos que se han establecido en el área en busca de petróleo y que han desposeído a la población originaria, solo quieren aprovecharse y sacar rédito de la tierra y sus habitantes. Se da cuenta de que “solamente vienen cuando hay algo para robar” (p. 2727) y que los blancos “se comportan como gente desesperada” (p. 2728). El viejo le explica que “ellos tienen algo valioso, algo que los Gussucks nunca podrán tener. Pensaban que lo podrían sacar, extraer de la tierra o cortarlo de las montañas, pero eran unos tontos” (p. 2732). Paula Gunn Allen (1986) explica que “la tierra no es un lugar, separado de nosotros ... La tierra no es una mera fuente de supervivencia, distante de las criaturas que alimenta ... la tierra es un ser vivo” (p. 119). Por tal razón, sus recursos no se pueden seguir extrayendo indiscriminadamente. La tierra no es un organismo inerte.

En el conocer y entender el paisaje, la observación meticulosa es fundamental. Cualquier persona puede ver imágenes, notar cambios, entender signos pero para ello se requiere dedicar tiempo y saberse y reconocerse parte del paisaje. Al planear cuidadosamente su venganza, la protagonista del cuento recorre la zona, controla la fortaleza del hielo, analiza los colores, observa el horizonte y el cielo. Se funde y confunde con la naturaleza. Lee todas las señales e incluso advierte que “el último invierno se acerca”.

La lectura del paisaje requiere también la escucha continua; demanda disposición, estar despierto e involucrarse. Los invasores que parecían tener todas las armas para derrotar las bajas temperaturas deben rendirse ante el terrible frío que congela todas las máquinas. El desarrollo vertiginoso de la tecnología ha introducido la creencia de que la naturaleza se puede controlar e incluso dominar. Sin embargo, una y otra vez, el paisaje se rebela, se burla de los blancos de igual forma que los nativos se burlan de la falibilidad de su maquinaria y de los métodos de aislación térmica que usan los Gussucks (los blancos) para tratar de mitigar la inclemencia del frío.

De igual manera que la naturaleza se subleva, la joven Yupik también se hace escuchar. Y lo hace negándose a ser tomada por el cantinero. Y lleva a cabo su venganza. Cuando la justicia blanca ha fracasado en condenar a los culpables de la muerte de sus padres, la joven se encarga de promover e impulsar el castigo pendiente. A diferencia de los verdaderos culpables, ella asume la responsabilidad total por lo que ha sucedido, se niega a mentir. Recuerda lo que su abuela –luego de su muerte, en sus sueños- le ha encomendado: “Llevará mucho tiempo, pero la historia debe ser contada. No puede haber mentiras” (2731). Y deberá ser contada año tras año, “sin descanso sin silencios” (2734).

Estos cuentos presentan al medio ambiente como auspicioso para aquellos que lo aprecian y que entienden que la supervivencia depende de la armonía y cooperación de todas las partes que conforman el todo que es la naturaleza. Ambos cuentos se sitúan en el paisaje del frío pero este paisaje no es un mero telón de fondo para las historias narradas. Tiene un rol central y a que exige conocimiento y respeto; muestra una cierta compasión por los nativos humanos y animales; se queja de los que lo maltratan y violentan y los castiga con la muerte. Quienes lo menosprecian son aquellos que alimentan la falsa ilusión de que el hombre todo lo puede y de que la tecnología permite domar el paisaje. Quienes lo conocen son aquellos que lo observan, se conectan y se involucran real e incesantemente.

Bibliografía

- Gunn Allen, P. (1986). *The Sacred Hoop: Recovering the Feminine in American Indian Traditions*. Boston: Beacon Press.
- London, J. (1997). To Build a Fire. En *Elements of Literature – Literature of the United States*. Orlando: Holt, Rinehart and Winston, 497-507
- Mcdowell, M. (1996). The Bakhtinian Road to Ecological Insight. En *The Ecocriticism Reader*. Athens: U. of Georgia Press, 371-391.
- Mcquade, D. (ed.) (1987). *The Harper American Literature – Volume 2*. New York: Harper.
- Silko, L. (1987). Storyteller. En *The Harper American Literature – Volume 2*. New York: Harper, 2724-2735.
- Silko, L. (1996). Landscape, History, and the Pueblo Imagination. En *The Ecocriticism Reader*. Athens: U. of Georgia Press, 264-275.